

## A un viejo migrante en la playa

(A la memoria de S. Griswold Morley)

1

Dormido  
ausentemente dormido  
perdido en tu propio olvido;  
manando de la sien  
la cinta del sentido  
que se apaga recién  
se allega a tu verdad:  
¿setenta años, acaso, de eternidad?

2

La nieve entre las tres paredes  
hiela los recuerdos; paraliza  
a los dos hijos en instantáneas  
sin zapatos persiguiéndose en el jardín;  
de modo que cuando escampa  
las arterias deben hacer pininos para  
no resbalar  
en la extensión durísima del frío.

3

En tren, en auto o en avión  
y los patos bravíos en su miedo  
—Go West, old man, go West—  
hacia un lugar al sol, hacia El Dorado,  
al más suave cabecear del Mar del Sur  
se vinieron,  
a su canción de ficticio movimiento  
a su cuna de espejeada eternidad.

Muchachas boca arriba, de bruces en la arena,  
mejillas, muslos, senos  
en donde el sol trabaja una dureza de algas;  
solteronas zurcidoras de horizontes  
tarzanes aceitados de sí mismos  
algarabías menudas de cola frente al puesto—  
marea carnal, final, tan justa al tacto;  
bancos llenos de viejos vencidos por la siesta  
(Lucille Ball es otra vez la tontirroja  
y Silver sigue galopando hacia el ocaso)  
de donde se zafarán para volver esta noche  
a los naipes, al bingo o a las damas,  
y quedarse aquí afuera hasta el final,  
hasta el último instante, el primer frío  
cuando el viento empina  
las migraciones del oleaje y se aleja murmurando  
Go West, old man, go West  
Der Tod, das ist die kühle Nacht,

cuando las páginas deportivas  
cuando los papeles de envolver  
con las cuentas del seguro social

se enredan en los pies

aquí en Long Beach  
donde me extravié en el arrullo de este padre  
mientras las olas murmuraban con urgencia

qué tienes tú que ver con la eternidad  
en eterno desagüe de tu cuerpo;  
lo tuyo es un mar de caras  
mecidas entre un olvido y la pleamar del corazón,  
sé otra ola  
y a otros pasos encomienda tu clamor.

—Alfredo Lozada